



EL FENÓMENO GUERRILLERO EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Guerrillas atacan a un correo frances

José María Pardo de Santayana
y Gómez-Olea
Coronel. Artillería. DEM

El fenómeno guerrillero apareció en la guerra de la Independencia española aportando un factor hasta ese momento desconocido en las campañas napoleónicas. La lucha guerrillera, en gran medida ignorada, asoma a lo largo de este artículo en su verdadera realidad donde se nos presenta el auténtico alcance de su actuación durante la guerra.

El 8 de enero de 1811, el capitán Deblais, jefe de la 2.ª Compañía del 1.er batallón de fusileros-granaderos de la Guardia Imperial, escribía desde la ciudad de Vitoria a *mademoiselle* Sophie: «Tenemos en los alrededores de aquí 5 o 6 bandas que no se acercan a más de 2 leguas y se mantienen siempre a unas 8 o 12, envían a hombres que vienen a robar a la gente que vuelve del mercado, a media legua de la ciudad. Los verdaderos españoles, que nos detestan, aman a estos brigantes y ven con satisfacción el mal que les hacen porque dicen que están armados para la defensa de su patria: mientras están bien a salvo al tener las guarniciones francesas para su tranquilidad. Pienso que más de 200.000 hombres de nuestro Ejército están dispersados a ambos lados de las rutas para mantener las comunicaciones. Si este brigandaje, que aumenta todos los

días, cesara, la guerra se acabaría enseguida. Estoy preparado para hacer pronto un nuevo recorrido con mi compañía: se dice que nuestro general, viendo que son infructuosos, los enviará menos frecuentemente, pues son la ruina de los zapatos y de los hombres»¹.

Napoleón invadió España, un reino aliado, en el momento en que después del tratado de Tilsit se encontraba en el apogeo de su poder. En las dos anteriores campañas (1805 y 1806-1807), ya como emperador, había derrotado con su *Grande Armée* en períodos de tiempo relativamente cortos a las poderosas coaliciones austro-rusa y ruso-prusiana, cuyas fuerzas combinadas superaban ampliamente a las propias.

En 1807-1808, cuando sus tropas invadieron la Península, una parte sustancial de las fuerzas españolas

A lo largo de seis años de luchas sin descanso, las tropas imperiales debieron de sufrir allí unas pérdidas comparables a las de la campaña de Rusia y superiores a las de cualquiera de las otras guerras de la revolución o del imperio



El guerrillero, aparecido en la Península, fue la pesadilla del Ejército francés

estaban desplegadas a su servicio fuera de España. Las fuerzas imperiales se apoderaron de las fortalezas fronterizas, tomaron la capital y se adueñaron de la caja militar. Portugal había caído completamente en sus manos con un esfuerzo mínimo y sin derramamiento de sangre. La empresa, que al gran corso le parecía que iba a resultar «un juego de niños», se terminó alargando en el tiempo y se convirtió en una de las causas del derrumbe de su imperio. En todo momento Bonaparte contó con una holgada superioridad convencional en relación con la débil alianza hispano-luso-británica, con un volumen de fuerzas muy superior al que había derrotado a las coaliciones anteriores y, no obstante, no consiguió doblegar la voluntad de resistencia de su oponente.

La insurrección española había cambiado la naturaleza de aquellas guerras de rápidas operaciones y batallas decisivas, convirtiéndola en una guerra total que se decidió por medio de una estrategia de desgaste. Con un lenguaje contemporáneo hablaríamos incluso de una fenomenal guerra híbrida. La derrota de Napoleón en España se debió a la conjunción y combinación de los esfuerzos de los tres grandes actores antinapoleónicos en la Península: «el ejército regular español, las fuerzas británicas y el fenómeno guerrillero». A este tridente habría que sumar la acción del pueblo que, sin formar parte ni del ejército ni de la guerrilla, tuvo una participación directa en la lucha, ofreció su apoyo material y moral a la causa y dio a la guerra un carácter nacional. Sin la participación de cualquiera de los actores

citados la derrota aliada habría sido segura. Fue precisamente la simbiosis de todos aquellos esfuerzos lo que hizo posible que la marcha triunfal de los ejércitos napoleónicos por los campos de batalla europeos se detuviera en España, sin perder de vista que Napoleón estuvo muy cerca de la victoria y que, como afirmó Espoz y Mina, de no haber marchado a Rusia la resistencia difícilmente hubiera podido prolongarse por mucho más tiempo.

Lo que hace especial al fenómeno guerrillero en esta contienda es que fue el elemento más claramente diferenciador y que terminó dándole a dicha guerra un carácter propio. Puesto que en las campañas anteriores Napoleón había barrido del campo de batalla a todos los ejércitos que se le enfrentaron, este nuevo

factor se convirtió a los ojos de los contemporáneos en el obstáculo definitivo, en la expresión palpable de la implicación del pueblo en la guerra. El general Roguet, jefe de una de las dos divisiones de la Guardia Joven que entraron en España, lo describe de la siguiente manera: «Las coaliciones y sus ejércitos no habían sido para el emperador más que ocasiones para nuevos triunfos y hasta 1808 uno se preguntaba quién podría resistirle. Sin embargo, como todo lo que es humano, una tal fortuna podía tener su término; ella embarrancó delante de un pueblo sin gobierno, sin ejércitos y casi olvidado en el extremo de Europa, pero animado de un patriotismo siempre irresistible. (...) Ese cáncer, sostenido por Inglaterra, alteró nuestra organización, nuestra disciplina, nuestro prestigio y la entera confianza que nos había valido tantos éxitos; él nos recordó la derrota, olvidada desde el Consulado»².

Clausewitz afirmó además: «Desde que la fortuna y audacia de Bonaparte derrocaron todos los procedimientos antiguos y naciones de primer orden fueron aniquiladas de un solo golpe; desde que los españoles con su empeñada lucha mostraron que, a pesar de su debilidad y con simples armamentos nacionales y con medios propios de insurrección, obtuvieron grandes resultados, (...) todos estos ejemplos han demostrado que el corazón y el espíritu de una nación forman un factor importantísimo en los productos que representan la fuerza nacional, guerrera y de combate»³.

El fenómeno guerrillero, que fue evolucionando con el tiempo, presentó perfiles muy diversos y no ofreció una línea divisoria clara que lo distinguiera del esfuerzo convencional, fue pues la expresión principal de la insurrección patriótica. Fue una realidad de dimensión militar y social que prolongó el espíritu de resistencia en los territorios dominados por las tropas imperiales y tuvo importantes efectos tanto materiales como psicológicos y morales.

Algunos autores, muy especialmente Charles Esdaile, han presentado la guerrilla como un fenómeno colo-

rista y secundario que en muchos casos llegó a provocar más daño que beneficio. Siendo cierto que la guerrilla se comportó en muchos casos con crueldad, incluso con la propia población española, que por lo general los guerrilleros no eran combatientes de gran calidad y que crearon algunos problemas graves, no es menos cierto por ello que su contribución estratégica fue enorme y que se convirtieron en una pesadilla para las tropas ocupantes. Sacando al fenómeno guerrillero de la ecuación militar, «la Francesada» se hace incomprensible.

Jean Sarramon, el historiador que con más detalle ha estudiado la participación francesa en dicha guerra, afirma lo siguiente: «España era además el punto de fijación, antes de ser la tumba, de una gran parte de la *Grande Armée* de Austerlitz, Jena y Fiedland. A lo largo de seis años de luchas sin descanso, las tropas imperiales debieron de sufrir allí unas pérdidas comparables a las de la campaña de Rusia y superiores a las de cualquiera de las otras guerras de la revolución o del imperio. Como subraya el coronel Gasset, España no fue para el Imperio el ariete que abate la torre, fue la termita que se desarrolla al pie del edificio y que, con la ayuda del tiempo y del azar, termina por desmoronarlo».

Dice también Sarramon que las mejores obras que se han escrito con carácter global sobre la guerra de la Independencia «no tratan más que de una forma muy sucinta todo lo que se refiere a la pequeña guerra. Si se considera, sin embargo, que las pérdidas sufridas por los imperiales como consecuencia de los combates en la retaguardia y sobre las líneas de comunicaciones son, con mucho, superiores a las registradas en los campos de batalla, sea contra los ejércitos regulares españoles o contra las fuerzas de Wellington, no se puede sino echar de menos tal laguna»⁴.

Para valorar la importancia estratégica de la guerrilla en esta guerra debemos utilizar dos métodos distintos. En primer lugar, hay que reflexionar sobre el modo en se habría desarrollado si no hubiera existido tal

Es necesario
recaltar que
las tropas
napoleónicas
en España
sufrieron
más bajas,
marcharon
más kilómetros
y dedicaron
más tiempo
y esfuerzo
combatiendo
a la guerrilla
que al ejército
regular
español o al
ejército aliado
luso-británico

lucha irregular en retaguardia y, en segundo lugar, analizar pormenorizadamente la contribución concreta de la guerrilla a la victoria general.

MODO EN QUE SE HABRÍA DESARROLLADO LA GUERRA SI NO HUBIERA EXISTIDO LUCHA IRREGULAR EN RETAGUARDIA

El general Freire (que tuvo una actuación muy destacada al mando del contingente español integrado en el ejército de Wellington al final de la guerra) concedía a los cuerpos que combatieron en la retaguardia imperial un papel «muy principal, y hasta



La carga de los Mamelucos en la Puerta del Sol, cuadro de Goya que representa en toda su crudeza la lucha del pueblo español contra el invasor francés

dudaba que sin ellos hubiéramos podido sostener la lucha tres años»⁵.

Tal afirmación es muy fácil de apoyar si consideramos que, tras las graves derrotas españolas de Ocaña y Alba de Tormes en noviembre de 1809 y la conquista de Andalucía en febrero del año siguiente, la superioridad convencional de las tropas napoleónicas en España era aplastante y su posición central claramente ventajosa. Con Austria derrotada de nuevo en Wagram, Napoleón había aumentado su fuerza en España a más de 300.000 combatientes frente a solo 100.000 del Ejército español y 95.000 del contingente

británico-portugués de Wellington. La existencia de la guerrilla obligó a Napoleón a cambiar su modo tradicional de operar. Primero dedicó un tiempo a pacificar las provincias por las que pasaban las líneas de comunicación con Francia para después ordenar a Massena que se internara en Portugal para enfrentarse a Wellington. Mientras tanto, las tropas imperiales también se tuvieron que empeñar en tomar las plazas fuertes de Astorga y de Ciudad Rodrigo. Desde el final de la conquista de Andalucía hasta que el mariscal francés cruzó la frontera portuguesa pasaron 7 meses, tiempo suplementario con el que contó el general inglés para

preparar a su fuerza y terminar de construir la línea de Torres Vedras.

A finales de 1810, en el eje de comunicaciones Irún-Burgos-Valladolid-Ciudad Rodrigo-Lisboa, el Ejército Imperial tenía desplegados ¡120.000 hombres!, y sin embargo Massena no podía contar para enfrentarse a Wellington más que con 35.000. No cabe ninguna duda de que sin la existencia de la guerrilla que obligaba a mantener un tercio de las tropas imperiales en territorio conquistado de retaguardia, el Ejército Imperial en España habría podido concentrar frente a Wellington o frente al Ejército español una

gran masa de maniobra a la que ni uno ni otro hubieran podido resistir. Es conveniente recordar que, no obstante el enorme despliegue napoleónico en la Península, el gran general inglés, cuyo volumen de fuerzas era relativamente modesto, menos de 100.000, nunca se enfrentó a más de 65.000 soldados imperiales.

Además hay que añadir que si la población de las regiones dominadas por las tropas imperiales hubiera aceptado el dictado francés, lo que sin duda habría ocurrido si no es por la acción de los guerrilleros, la retaguardia no solo no habría retenido fuerzas, sino que las habría generado y los recursos de todo ese territorio se habrían puesto al servicio de los cuerpos napoleónicos. Habiendo tropas españolas luchando en ambas partes, aspecto que no hay que desdeñar, la causa patriótica habría visto debilitada su legitimidad y cohesión, la voluntad de lucha se habría ido extinguiendo si no es por la acción determinante de la guerrilla y el panorama general habría sido completamente distinto. Los éxitos de Suchet en Cataluña y Valencia no son explicables si no se tienen en cuenta sus logros frente a la insurrección local y en el sometimiento de la población aragonesa.

Podemos considerar, por tanto, que la más importante de las contribuciones estratégicas de la guerrilla fue la de impedir que la población de las regiones dominadas por los franceses se sometiera a su dictado. La acción guerrillera fue más que ninguna otra cosa una disputa frente a las tropas ocupantes por el control de la población civil y una prueba fehaciente de que ni el rey José ni su hermano Napoleón tenían una autoridad consolidada sobre los territorios que habían sido conquistados militarmente.

Normalmente suelen pasarse por alto los grandes esfuerzos que las autoridades francesas hicieron para reclutar en España fuerzas militares y de policía. La existencia de «partidas» que podían fácilmente resaliar a los colaboradores o a sus familiares (y en las que estos podían encontrar refugio si desertaban) impidieron que dichos empeños

tuvieran un resultado satisfactorio. En todos los demás países dominados (incluido Portugal, donde el emperador reclutó más tropas que en España) las sociedades generaron numerosas tropas para el Ejército Imperial y fuerzas cívicas para el control del orden público dentro del mismo país.

Por otro lado, la tendencia tan acusada de los altos mandos militares franceses a no acudir en auxilio de sus compañeros de armas se debió en parte al alto grado de rivalidad entre ellos que el mismo emperador había fomentado. Pero había también otra poderosa razón, si se veían obligados a abandonar parte del territorio de su responsabilidad por un tiempo en apoyo de otro compañero de armas, sin duda fácilmente podrían volver a ocuparlo después, pero se debía dejar en la estacada a los partidarios que tanto trabajo les costaba conseguir. Los implacables guerrilleros utilizaban la ausencia de las tropas ocupantes para castigar a los colaboradores y la población, con la lección aprendida, se hacía cada vez y más reacia a todo compromiso con los ocupantes.

Si el país conquistado hubiera estado en calma, las autoridades francesas habrían podido fácilmente organizar su Administración y a los cuerpos imperiales no les habrían faltado recursos logísticos para sus operaciones. Sin embargo, como sabemos, las limitaciones logísticas terminaron siendo un grave talón de Aquiles para el operativo napoleónico en España. Los guerrilleros no solo disputaron esos recursos y amenazaron a los convoyes que los transportaban, sino que también obligaron a que se emplearan columnas militares para el cobro de los impuestos y la recogida de las contribuciones. Dichas fuerzas consumían parte de esos recursos y debían obtenerlos con el uso de la fuerza y la generalización de las amenazas, lo que producía un gran quebranto y desgaste en la economía local y ante la población.

El mariscal Bessières, al llegar a España a principios de 1811 para hacerse cargo del mando del Ejército del Norte, informó al emperador de

cómo había cambiado la situación desde 1808, cuando estuvo por primera vez, y las dificultades que tenía para cumplir su misión: el agotamiento en que se encontraba el país por el exceso de explotación a que había sido sometido por los ejércitos, la exasperación tanto de las fuerzas como de la población, la dificultad para constituir almacenes debido a la falta de medios de transporte, la insuficiencia de fuerzas imperiales para alcanzar los objetivos fijados, la obligación de poner potentes columnas en campaña para poder cobrar cualquier contribución y la sumisión solo de las localidades ocupadas⁶.

CONTRIBUCIÓN DE LA GUERRILLA A LA VICTORIA GENERAL

La contribución concreta más importante de la guerrilla al éxito final fue el haber retenido, dispersado y desgastado un número tan elevado de tropas imperiales. Que las tropas que combatían a las guerrillas no estaban disponibles para enfrentarse a las fuerzas convencionales es algo muy evidente y es la forma más fácil de evaluar el impacto estratégico de la guerrilla. Si aceptamos el número de 50.000 como probable para el total de hombres que militaban en las partidas irregulares, nos encontramos que para mantener las principales poblaciones y las vías de comunicación los cuerpos imperiales tuvieron que detraer de la totalidad de sus fuerzas en 1810 y 1811 una cantidad superior a los 120.000 hombres. Si tenemos en cuenta que en las anteriores guerras y campañas napoleónicas habían bastado unos pocos miles de hombres para sostener la retaguardia, la diferencia habla por sí misma.

En lo relativo al desgaste es necesario recalcar que las tropas napoleónicas en España sufrieron más bajas, marcharon más kilómetros y dedicaron más tiempo y esfuerzo combatiendo a la guerrilla que al ejército regular español o al ejército aliado luso-británico, si contabilizamos todas las columnas que se constituyeron para la protección de convoyes y estafetas, el control de las vías de comunicación, la recogida



Para mantener abierto el eje Irún-Burgos- Valladolid- Salamanca- Lisboa (en azul), los franceses necesitaron 120.000 soldados

de contribuciones y la persecución de las partidas. Además, se daban bastantes bajas sin necesidad de que hubiera combates, tanto por la fatiga como por las inclemencias del tiempo. Si se producían enfrentamientos, la guerrilla rara vez provocaba muchas bajas en una misma acción y solía retirarse ante los ataques o avances enemigos, pero al estar esta tan extendida y volver una y otra vez al acoso, la aritmética acumulativa compensó con mucho la debilidad relativa. Es cierto que no se debe caer en la contabilidad de bajas como método de evaluación de los logros militares, pero las bajas afectan a la moral, nos dan una idea del empeño dedicado y, en el caso de las tropas empleadas por Napoleón en España, se trataba de soldados curtidos en cientos de batallas victoriosas muy difíciles de reemplazar. Especialmente grave fue

el caso de la caballería, arma clave de la superioridad militar napoleónica y que requería mayores cuidados, y a la que el constante ajeteo de escoltas, columnas de castigo y escaramuzas terminó reduciendo tanto en cantidad como calidad. En la batalla de Arapiles, por ejemplo, tras cuatro años de guerra, Marmont no pudo utilizar todos sus jinetes y parte de las unidades iban montadas sobre equinos apresuradamente requisados, de menor calidad y alzada. Wellington, a quién tanto preocupaba su inferioridad en caballería, gozó en aquella ocasión de la ventaja contraria.

La existencia de la guerrilla afectó a la seguridad, continuidad y rapidez del enlace, algo siempre esencial en los asuntos militares. A esto hay que sumar los innumerables correos que fueron arrebatados y que

producían confusión en los imperiales e información en sus oponentes. La guerrilla se constituía pues en una eficaz red de información en toda la profundidad del despliegue enemigo y en un obstáculo para las tropas imperiales.

Además, al dirigir el emperador las grandes operaciones desde París, la protección de la carretera París-Madrid era esencial para que las órdenes y despachos se intercambiaran con unos intervalos de tiempo que hicieran su contenido coherente. En circunstancias normales un correo urgente podía tardar de París a Madrid cinco o seis días. Al tener que ir estos escoltados en territorio español, el tiempo total se podía alargar a 15 o 20 días. Cuando en el tramo final de la guerra las unidades guerrilleras llegaron a interrumpir el tránsito por períodos de hasta dos



Napoleón, siempre victorioso, conoció la derrota por primera vez en los campos españoles

o tres semanas (lo que hacía que el correo tardara más de un mes en llegar; dos meses y medio con su correspondiente retorno), la dirección estratégica desde París se volvió completamente ineficaz.

Las guerrillas, cuando se fueron convirtiendo en regimientos, aportaron también unidades que sumar al ejército convencional. Esto sucedió en la segunda mitad de la guerra y sobre todo hacia el tramo final, y tuvo especial importancia porque para entonces el desgaste del Ejército español había sido enorme y dichas tropas se habían levantado con los recursos del territorio que estaba bajo dominio imperial. Algunas de

aquellas unidades como la caballería del Charro, que tanto apreciaba Wellington, o las divisiones del Empeccinado, Espoz y Mina, Porlier o Longa llegaron a jugar un papel bastante notable.

Un factor cuya importancia no debe despreciarse es el impacto moral que la lucha guerrillera tuvo sobre las tropas imperiales y sobre sus jefes. En las memorias francesas se percibe con toda claridad la desesperación de aquellos formidables soldados al tener que enfrentarse a un tipo de lucha que les desagradaba y frente a la que no tenían una respuesta eficaz. La incapacidad de obtener éxitos frente a aquella tropa desa-

rapada hirió el orgullo de muchos de aquellos mariscales y generales y actuó como catalizador de rivalidades y desencuentros empujándoles a tomar decisiones equivocadas unas veces por exceso y otras por defecto. Del mismo modo, la guerrilla sostuvo la moral patriótica y afectó al prestigio de las tropas imperiales, al aparecer estas ante el mundo como una fuerza represora en oposición al ideal libertario que con anterioridad habían representado.

Por último, en apoyo al esfuerzo convencional la guerrilla también tuvo su contribución: tomemos como ejemplo la última y probablemente la más notable ofensiva de Wellington

en 1813. Normalmente el ejército que avanza se debilita y el que retrocede sobre sus bases se refuerza, por ir dejando el primero fuerzas y recursos logísticos atrás y marchar hacia terreno que el enemigo domina, mientras que el segundo se acerca a sus reservas y depósitos combatiendo sobre un terreno que previamente ha estado en su poder y tener por ello mejor información. Sin embargo, en esta gran ofensiva aliada no se dio esta circunstancia: el ejército aliado luso-británico compensaba los hombres que iba dejando atrás con las nuevas fuerzas españolas que iba encontrando sobre la marcha, mientras estas mismas fuerzas guerrilleras, más o menos regimentadas, le mantenían informado de todo lo que sucedía en la profundidad del despliegue enemigo, lo que le permitía incluso adelantar a miembros de su cuartel general para estudiar y preparar las rutas de marcha. Los franceses, por lo contrario, no podían destacar, con toda su eficacia, su pantalla de caballería distribuida en pequeños destacamentos en toda la extensión del frente, por el peligro de que estos fueran aniquilados por las diversas partidas guerrilleras españolas. Mientras vigilaban a la fuerza principal que venía de una dirección, tenían que estar pendientes de todas las demás y tampoco podían mantener un sistema fluido y fiable de informes y despachos por la misma amenaza guerrillera. Clauzel, que acudió desde Pamplona con cuatro pequeñas divisiones al encuentro del rey José, no se encontró con él por haber interrumpido los cuerpos guerrilleros las comunicaciones. Al final José Bonaparte, que disponía en la región de bastantes más fuerzas que su oponente, combatió en la batalla de Vitoria en clara inferioridad numérica.

CONCLUSIÓN

La guerrilla influyó de muchas maneras en el desarrollo y resultado final de la guerra de la Independencia, 1808-1814, la combinación de todos los efectos descritos anteriormente fue determinante para crear la tela de araña en la que los cuerpos imperiales terminaron quedando atrapados. Sin pretender menospreciar la importancia estratégica de los otros dos grandes pilares del esfuer-

zo antinapoleónico en la península Ibérica, el Ejército español y la fuerza aliada de Wellington, que fue crucial, teniendo en cuenta que el efecto de los tres actores fue complementario, que cada uno cubrió en gran medida las deficiencias de los otros y que durante el primer año y medio de la guerra la actuación de la guerrilla fue muy limitada, es de justicia reconocer que el fenómeno guerrillero dio carácter especial a aquella guerra y que su empeño y recalcitrante determinación sumó la energía y la sinergia necesarias para que el continuo batallar victorioso de las tropas imperiales de Napoleón por toda Europa encontrara en España su fin, como preludio de la derrota definitiva en Waterloo.

NOTAS

1. *Memorial del 1er Regimiento de Fusileros-Granaderos de la Guardia Imperial.*
2. Roguet: *Memoires Militaires.*
3. Clausewitz, C. : *De la Guerra.*
4. Sarramon, J.: *Contribucion à l'histoire de la Guerre de l'indépendance de la Péninsule Iberique contre Napoleon*, volumen 1, pág. II y III.
5. Así lo relata Ramón Santillán en sus memorias. Este fue oficial de la guerrilla del cura Merino y llegó a ser el primer presidente del Banco de España.
6. AHG c8 63-66, *Bessières a Berthier* de 5, 11, 17 y 20 de febrero de 1811, citado por Sarramon.■



Julián Sánchez, alias el Charro, jefe guerrillero cuya caballería fue altamente apreciada por el duque de Wellington